

C

VIGESIMA SEGUNDA PEREGRINACION
DE LA
DIOCESIS DE QUERETARO

A LA
INSIGNE BASILICA
DEL TEPEYAC
EN HONOR DE LA SANTISIMA
VIRGEN MARIA DE GUADALUPE,

EL 2 DE JULIO DE 1907.



CON LICENCIA DEL ORDINARIO.



QUERETARO

1907

*Dr. Canónigo Dr. y Lic.
D. Jesús M. Barbosa
Presente.*

VIGESIMA SEGUNDA PEREGRINACION
DE LA
DIOCESIS DE QUERETARO
A LA
INSIGNE BASILICA
DEL TEPEYAC
EN HONOR DE LA SANTISIMA
VIRGEN MARIA DE GUADALUPE,
EL 2 DE JULIO DE 1907.



CON LICENCIA DEL ORDINARIO.



QUERETARO
—
1907



Si es verdad, como lo es, que uno de los más grandes favores que Dios concede á los hombres es la perseverancia en el bien, claro está que debemos ser muy agradecidos con la divina Bondad, porque nos ha concedido perseverar en una obra tan santa y beneficosa como son las peregrinaciones al Tepeyac. Este año emprendió nuestra Diócesis su vigésima segunda peregrinación guadalupana, y la llevó á efecto con la misma piedad y animación que en todos los años anteriores.

He aquí los pormenores de dicha peregrinación:

El Ilmo. y Rvmo. Sr. Obispo diocesano, con fecha 20 de Mayo, expidió una carta pastoral en la que invita y exhorta á todos sus diocesanos á ir á la Insigne Basilica Guadalupe; dictando además algunas medidas encaminadas á ordenar la romería.

El día 23 de Junio, partió la peregrinación de á pie, dirigida por el M. I. Sr. Arcediano de la Santa Iglesia Catedral, Pbro. D. Florencio Rosas, después de haber asistido á la santa misa en el templo de la Congregación.

En Arroyoseco, San Juan del Río y Jilotepec, se agregaron otros peregrinos, resultando en su conjunto un grupo de más de setecientos. Entre las personas más distinguidas que hicieron la peregrinación á pie, recordamos las siguientes: Sres. Pbro. D. Benjamín Solorio, Cura de Santa Ana, D. Francisco Velázquez, Cura de Amealco, D. Ezequiel Contreras, D. Santiago González, D. Vicente Jiménez, y Diácono D. Ignacio Martínez, el Lic. D. Pablo Lozada, varios jóvenes de nuestra mejor sociedad y tres alumnos del Seminario. Llegaron á la Villa de Guadalupe el día 30 por la tarde, sin haber tenido ninguna desgracia que lamentar.

En los días último de Junio y primero de Julio, estuvieron llegando á la Capital muchos peregrinos, tanto por la vía del Ferrocarril Central como por el Nacional, cuyo número se estima en más de dos mil.

El Ilmo. y Rvmo. Sr. Obispo diocesano, impedido como está por el estado de su salud, no pudo ir; y fué en su representación el Ilmo. y Rvmo. Sr. Rivera, su dignísimo Coadjutor.

* * *

El día 2 de Julio á las siete de la mañana, se organizó en la capilla de Sr. San Joaquín la solemne procesión de entrada, precedida del estandarte de la Diócesis que portaba el Sr. Pbro. D. Santiago González, acompañado de los Sres. Pbro. D. Luis Hernández y Diác. D. Ignacio Martínez, y presidida por el Ilmo. Sr. Rivera, revestido con capa pluvial, mitra y báculo. Llegada la procesión al altar mayor, S. S. Ilma. dirigió una breve alocución á los peregrinos, exhortándoles á rezar tres Salves á la Soberana Señora, con la triple intención que el Ilmo. Sr. Obispo diocesano le había insinuado, de darle gracias á la Santísima Virgen por el restablecimiento de la salud del mismo Ilmo. Sr. Rivera, de alcanzar de Nuestro Señor aumento de clero en la Diócesis y buen temporal en el presente año.

A las ocho y media comenzó en el coro de la Basílica el rezo de Prima, seguida de la Tercia cantada y Sexta rezada, durante la cual el Ilmo. Sr. Rivera, vestido de la capa magna se dirigió al Trono donde se revistió los ornamentos sagrados para celebrar de Pontifical. Ministraron de Presbítero asistente el M. I. Sr. Arcediano D. Florencio Rosas, de Diáconos de honor los Sres. Pbro. Canónigo Dr. D. Jesús M. Barbosa y D. Daniel Frías, Vicerrector del Seminario; de Diácono y Subdiácono de la Misa, los Sres. Cura D. Tomás Maciel y Profesor del Seminario D. Ezequiel Contreras; de portamitra, el Sr. Cura D. Benjamín Solorio; de portabáculo, el Sr. Pbro.

D. Alberto Luque, y de Maestros de ceremonias, los Sres. Pbro. Quintos y Morado, ceremonieros de la Insigne Basílica.

Terminado el Santo Sacrificio, ocupó la Cátedra Sagrada el Sr. Cura del Sagrario diocesano, Pbro. Lic. D. José M. Arias, con lo cual se dió fin á la solemnidad religiosa de por la mañana.

El adorno, consistente en ramos y festones de flores naturales, y en multitud de lucés daba á toda la Iglesia, especialmente al altar mayor, un aspecto muy agradable.

El concurso de fieles fué tan numeroso, que no obstante la amplitud del local, el templo estaba literalmente lleno. Además del M. I. y V. Cabildo Eclesiástico de la Insigne Basílica, de los RR. PP. Misioneros del Corazón de María Dot, Vilalta, Abad y Martínez y de otros eclesiásticos seculares de México. He aquí las personas más caracterizadas que recordamos:

En representación del M. I. y V. Cabildo Eclesiástico de Querétaro el M. I. Sr. Arcediano D. Florencio Rosas y el Sr. Canónigo Dr. D. Jesús M. Barbosa.

COMISIÓN DEL V. CLERO SECULAR.

Sr. Cura Pbro. Lic. D. José M. Arias, del Sagrario.—Sr. Cura Pbro. D. Benjamín Solorio, de Santa Ana.—Sr. Cura D. José M. Arredondo, de la Cañada.—Sr. Cura D. Tomás Maciel, del Pueblito.—Sr. Cura D. Nazario Guerrero, de Colón.—Sr. Vicerrector Pbro. D. Daniel Frías.—Sr. Pbro. D. José M. García.—Sr. Pbro. D. Ezequiel Contreras.—Sr. Pbro. Ing. D. Zacarías Gómez.—Sr. Pbro. D. Alberto Luque.—Sr. Pbro. D. Santiago González.—Sr. Pbro. D. Luis Hernández.—Sr. Pbro. D. Vicente Jiménez.—Sr. Pbro. D. Severo Moreno.—Sr. Pbro. D. Hospicio Ordóñez.—Sr. Pbro. D. Aureliano Silis.—Sr. Pbro. D. José Martínez.—Sr. Pbro. D. Antonio Hernández.

COMISIÓN DEL V. CLERO REGULAR.

R. P. Fr. José Sousa, franciscano.—R. P. Fr. Junípero de la Vega, franciscano.—R. P. Fr. Antonio Gómez, crucífero.

COMISIÓN DEL SEMINARIO CONCILIAR DIOCESANO.

Sr. Pbro. D. Daniel Frías, Vicerrector del mismo.—Sr. Prof. Pbro. D. Ezequiel Contreras.—Sr. Prof. Pbro. Ing. D. Zacarías Gómez.—Sr. Prof. Pbro. D. Alberto Luque.—Sr. Diác. D. Ignacio Martínez.—Sr. Subdiác. D. Jesús Solorio.—Sr. Subdiác. D. Salvador Salazar.—Sr. Subdiác. D. Juan Valencia.—Sres. Mintas. D. Víctor Segura, D. Salvador Septién, D. Feanando Núñez, D. Juan García y diez y seis alumnos del mismo colegio.

COMISIÓN DEL LICEO CATÓLICO.

Sres. Profesores del Establecimiento, Pbro. D. Aureliano Silis, Licenciados D. Pablo Lozada y D. José Septién y seis alumnos del mismo.

COMISIÓN DE LA ESCUELA DE LA SAGRADA FAMILIA.

Sr. Pbro. D. Luis Hernández, Director del plantel y once niños alumnos.

Asistieron también muchas otras comisiones de diferentes Parroquias, Cofradías, Asociaciones y demás gremios piadosos de la Diócesis, así como también varias estimables familias queretanas, hoy residentes en la Capital.

Además de las personas mencionadas, recordamos las siguientes que asistieron á la función: Sres. Dr. D. Teodomiro Negrete, Dr. D. Alfonso Elguera, Dr. D. Francisco Rivera, Lic. D. José Vázquez Marroquín, Ing. D. Felipe B. Noriega, Lic. D. Rafael Torres, D. Lorenzo de Vicente, D. Ignacio Muñoz Flores, D. Julián Gutiérrez, D. Lázaro Espinosa, Sres. Rodríguez, D. Silviano Nieto, D. Domingo Cabrera, D. Encarnación Muñoz, D. Jesús y D. Heliodoro González, y las familias Rivera, Veraza, Maciel, Vera, Solorio, Scanlan, Pozo, Frías, de Vicente, Jáuregui y otras muchas cuyos apellidos no recordamos.

El mismo día 2 por la tarde á las cinco, tuvo lugar en la Insigne Basílica un ejercicio piadoso en el que se rezó el Santo Rosario con misterios cantados, terminando con el canto de la

Salve que entonó el Sr. Pbro. D. Daniel Frías, y de la Letanía Lauretana. Asistieron á este acto varios señores eclesiásticos, la comisión de alumnos del Seminario con su uniforme de colegio y otros muchos peregrinos.

El día 3 á las siete de la mañana, fué la Misa solemne que anualmente se acostumbra celebrar, con el objeto de rendir gracias á Dios Nuestro Señor por los beneficios dispensados á la peregrinación. Ofició en esta misa el M. I. Sr. Arcediano D. Florencio Rosas, diaconó el Sr. Pbro. D. Luis Hernández y subdiaconó el Sr. Pbro. D. José Martínez.

La parte musical de las solemnidades mencionadas estuvo á cargo del Orfeón de Querétaro, al que se asociaron algunos cantores de la Capital y catorce niños del Asilo de Mendigos establecido en aquella Metrópoli. Dirigió el Orfeón el acreditado Profesor Pbro. D. J. Guadalupe Velázquez.

A continuación ponemos el programa ejecutado por el mencionado Orfeón y el personal del mismo:

DIA 2.

“Pues concebida,” melodía popular á cuatro voces.....*J. G. Velázquez.*
Tercia, Introito y demás partes variables de la misma.....*Gradual Romano*
Misa “De Nativitate Dómini,” á seis voces..*I Mitterer.*

POR LA TARDE.

Misterios “Non fecit,” á cuatro voces.....*J. G. Velázquez.*
“Salve Regina,” á cuatro voces.....*A. González.*
Letanía Lauretana.....*Canto Romano.*

DIA 3.

Misa “In honorem Sancti Ignatii,” á tres voces.....*J. Gruber.*
Introito y demás partes variables.....*Gradual Romano*

PERSONAL DEL CORO.

Señores Pbro. D. J. Guadalupe Velázquez, Pbro. D. Atilano

de la Cruz Lemus, Profesores D. Agustín González, y D. Silverio Martínez, y los Sres. Daniel Alfaro, José Luna, Julián Núñez, Edmundo de la Isla, Francisco López, Trinidad Burgos, José Montoya, Rafael Ruiz, Guillermo Ibarra, Dionisio Andrade, Miguel Trujillo, Manuel Botello, Demetrio Corona, José Bustamante, Cruz Arteaga, José Pérez (h), J. Carmen Maya, Jesús Trejo, Federico Rico, Francisco Rodríguez, Martín Villaseñor, José Moreno, José García, Luis G. Vázquez, Antonio Servín, Daniel Hurtado, Silvestre Obregón, Hilario Corona, Pedro Vega, Juan Suárez, Santos Soto, Vicente Ferrusca; niños Jesús Burgos, Manuel Venegas, Mauro Sánchez, Timoteo Bautista, Reyes Gobeá, Ramón Hernández, Trinidad Burgos, Leopoldo Burgos, Julián Zúñiga, Jesús Santillán, Jesús Rodríguez, Jesús Rivera, Encarnación González, José M. Avila, Trinidad Beltrán, Porfirio Estrada, Adolfo Ortega, Juan Mena, Francisco Mena, Ramón Ballesteros, José Mena, Venancio Muñoz, Filiberto Almaraz y José Vargas.

* * *

Tal es á grandes rasgos lo sucedido en la vigésima segunda peregrinación guadalupana de la Diócesis de Querétaro.

Que Dios Nuestro Señor nos conceda por los ruegos de la Soberana Reina y Madre de los mexicanos, Santa María de Guadalupe, el aumento y constancia en esta clase de piadosas romerías; pues ellas son á no dudarlo, un manantial inagotable de beneficios temporales y espirituales para nuestra Nación, de bellos y edificantes ejemplos para nuestros prójimos, y sobre todo, un ramillete de santas obras que contribuyen para la mayor gloria de Dios y de su Santísima Madre.



SERMON

PREDICADO EN LA INSIGNE BASILICA

DE

Nuestra Sra. de Guadalupe

CON MOTIVO DE LA

VIGESIMA SEGUNDA PEREGRINACION

DE LA

DIOCESIS DE QUERETARO

EL 2 DE JULIO DE 1907,

POR EL SEÑOR CURA DEL SAGRARIO DIOCESANO

PBRO. LIC. D. JOSE M. ARIAS.



CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.



QUERETARO

—
1907



Et nunc dicit Dominus, formans
me ex utero servum sibi:.....
Parum est ut sis mihi servus ad sus-
citandas tribus Jacob et faecis Israel
convertendas; ecce dedi te in lucem
gentium ut sis salus mea usque ad
extremum terrae.

ISAIAE, cap. XLIX, vs. 5 et 6.

Y ahora dice el Señor al formarme
siervo suyo desde el vientre de mi
madre:..... Poco es que seas
siervo mío para despertar á las tri-
bus de Jacob y convertir las heces
de Israel; he aquí que te he dado
para luz de las naciones á fin de
que seas mi salud hasta los últimos
confines de la tierra.

ISAIAS, cap. XLIX, vs. 5 y 6.

ILLMO. Y RVMO. SEÑOR:

M. I. Y V. CABILDO:

SEÑORES:

¡De cuánta alegría y contento rebosa hoy mi corazón!
¡Inexplicable es la emoción que siento al presentarme en este
santo lugar! ¿Cómo y de dónde, tocarme la dicha de poder
dirigir siquiera sea una palabra de amor y gratitud á la Madre
predilecta y Reina singular de los mexicanos?
Permitidme, señores, y amados hermanos míos, que en

estos momentos dé vuelo á los sentimientos de mi corazón y á las efusiones de mi alma, porque rendido y prosternado á los pies de María, mi tierna Madre, ansío por cantar sus alabanzas y pregonar sus grandezas á la faz del pueblo mexicano.

Diríase quizá, á primera vista, al oír las frases que he producido, que la presunción y audacia me animan; pero no, señores, lejos, muy lejos está mi intención de pagar su contingente á tan ruines pasiones; soy hijo de María, soy mexicano y también soy hijo de Querétaro, y que no obstante mi bien conocida insuficiencia, he sido elegido por mi amado prelado para interpretar los sentimientos de mis hermanos los peregrinos que desde la ciudad eminentemente guadalupana vienen presurosos á rendir sus humildes homenajes, sus ardientes votos y filiales demostraciones de amor y gratitud á la Soberana Reina de México.

¡Oh! sí; Querétaro, desde tiempos muy remotos, ha ocupado un distinguido lugar en la devoción á María de Guadalupe.

No me juzgueis, pues, presuntuoso y atrevido al verme en este lugar; ved que si estoy aquí y he dicho que mi pobre corazón henchido está de gozo y contento, es por lo que he manifestado, que amo tiernamente á mi Madre Santísima y Reina Soberana, y porque la obediencia me hace olvidar, en ocasión tan solemne, mi insuficiencia y me anima á desplegar mis labios y celebrar,—pluguiese al cielo que fuera de una manera digna,—las divinas excelencias, las inefables glorias de tan excelsa Reina; y esto en el mismo lugar que se dignó elegir para que siempre en él permanezca su corazón y esté derramando con profusión la gracia y la misericordia; para desde allí atender tiernamente á la humilde plegaria del hijo débil, enfermo y desvalido.

No confiando, pues, señores, de manera alguna en mis propias fuerzas, sino en la protección de aquella que es Trono de la Sabiduría Increada, Refugio de pecadores y, en especial, Reina de los mexicanos, comenzaré en esta mañana á hablar: saltaré la barrera que mi ignorancia, rudeza y poca instrucción en las reglas oratorias me presenten; desarrollaré el tema

de mi pobre discurso desaliñado, sin adorno alguno de frases armoniosas que halaguen el oído; pero lleno sí de frases senceras, nacidas de un corazón cristiano que anhela porque María de Guadalupe sea alabada y engrandecida, no digo ya por mi patria México, sino por todas las naciones de allende los mares.

Por tanto, permitidme, señores, que presente á vuestra consideración dos lugares eminentemente venerables: el Sangriento Gólgota y el Radiante Tepeyac. Allá en aquel lugar de perdón para el miserable linage humano se efectuó el acontecimiento más triste, á la vez, empero, el más dulce y consolador para los descendientes de Adán. El Redentor espira y la Santísima Virgen María al pie de la cruz recibe las últimas recomendaciones de su agonizante Hijo. ¿Y cuáles fueron, señores, esas últimas recomendaciones? *Que nos adoptase, que nos recibiese por hijos suyos*: misión que María ha cumplido y cumplirá con la ternura, amabilidad y compasión propias y exclusivas de la Madre de Dios.

Y en el bendito Tepeyac ¿qué ha pasado, señores? Ya vosotros mismos lo decís. Un acontecimiento inaudito ha tenido su verificativo, y que sólo el recordarlo endulza, satisface y llena de gozo el corazón mexicano. En la cuna de la civilización cristiana de nuestra patria, un indio plebeyo y pobre, humilde y cándido, recién convertido á la Fe Católica, natural del pueblo de Cuautitlán, al venir del lugar de su residencia al templo de Santiago el Mayor, á oír la misa de la Virgen María, llegado al romper del alba al pie de un cerro pequeño que se decía Tepeyacac, y hoy, Cerro de Nuestra Señora de Guadalupe, tuvo la dicha inefable de sentirse repentinamente trasladado á una región celestial en la que por todas partes le rodean singulares transformaciones y prodigios de los que, empero, ninguno llega á la altura del que lo extasia, haciéndole contemplar la incomparable belleza de la divina María, la que en medio de indescriptibles irradiaciones de bellísima luz le muestra su hermosísimo rostro y le hace oír su dulcísima voz mandándole una obra, que ceciendo en

honor suyo, será á la vez una prenda inmortal de la especial protección que su amor maternal va á dispensar en los siglos venideros al afortunado pueblo mexicano. ¡Oh, señores! la aparición de María de Guadalupe en estas preciosas montañas es un acontecimiento que no podrá la lengua humana delinear por más que parezca fácil describirlo. ¿Cómo podrá referirse ese torrente de ternuras, de bondades, de amor y caridad, desplegándose en caudalosos ríos capaces de inundar, no digo ya á los corazones de los mexicanos, sino á los de todos los hombres?

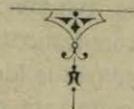
Los acontecimientos, pues, verificados en los dos sitios que vamos á considerar: el Sangriento Gólgota y el Radiante Tepeyac, nos ponen de manifiesto lo que es María y las íntimas relaciones que la unen con el Eterno é Infinito Dios. Ponen también á la clara luz el asunto que debe ocuparme en las presentes circunstancias, que no podrá ser otro que las relaciones no ya de una íntima amistad, no ya de una tierna fraternidad, sino de las que no pueden dignamente explicarse, de las que entre Dios y el hombre, por mediación de María, quedarán establecidas para siempre, y selladas con un sello inviolable, derivándose de la Maternidad de María que, por una recomendación divina que no puede desoir, adopta al pie de la cruz al hombre que, siendo indigno de todo amparo y protección, volverá así al seno de Dios, entrando lleno de gloria á ocupar los tronos mismos de los ángeles.

Sí, señores, con el favor divino trataré en este breve rato de la Maternidad de María, entendida no ya de un modo vulgar y como si por ella solamente se comunicasen bienes efímeros y deleznales; como si sólo por ella se entrase en el goce de derechos que nacen á toda hora de la adopción humana y son el objeto preferente del asiduo estudio del legislador, del escritor, del jurisconsulto y de los múltiples intérpretes y ejecutores de las leyes humanas, sino de la Maternidad divina, es decir, el tema de mi discurso será aquella Maternidad que recibe las credenciales de su misión no de manos de un rey de la tierra y del tiempo, sino del Rey de los siglos y de la

eternidad: de aquel noble Mártir que enclavado en la cruz espira en medio de crueles tormentos, derramando hasta la última gota de su sangre sólo por amor, y perdonando á los mismos que así le crucifican. *En resumen, María recibe al pie de la cruz y de Dios mismo una misión, un cometido del todo singular, un apostolado propio suyo que, ejerciéndolo siempre en favor de los hombres, ha merecido que las naciones le llamen su Apóstol de un carácter especial. Y la misma Santísima Señora al pie del Tepeyac ha ofrecido bondadosamente ejercer en favor de los mexicanos un apostolado especialísimo que reclama de los hijos de este suelo una correspondencia también especialísima que los haga aparecer, ante el orbe entero, hijos predilectos de María de Guadalupe.*

Este es mi asunto, oh María, que, en presencia tuya y con tu especial protección, desarrollaré en la presente solemnidad. Dígnate, humildemente te lo ruego, hacer que todo ceda á la gloria de tu divino Hijo y provecho espiritual de nuestras almas. ¿Con qué palabras más dignas podré saludarte que con las que el ángel te dirigió cuando te llamó llena de gracia?

AVE MARIA



Et nunc dicit Dominus, formans me ex utero servum sibi:..... Parum est ut sis mihi servus ad suscitandas tribus Jacob et facis Israel convertendas; ecce dedi te in lucem gentium ut sis salus mea usque ad extremum terrae.

ISAIAE, cap. XLIX, vs. 5 et 6.

Y ahora dice el Señor al formarme siervo suyo desde el vientre de mi madre:..... Poco es que seas siervo mío para despertar á las tribus de Jacob y convertir las heces de Israel; he aquí que te he dado para luz de las naciones á fin de que seas mi salud hasta los últimos confines de la tierra.

ISAIAS, cap. XLIX, vs. 5 y 6.

Abramos la historia del género humano y al leer en sus primeras páginas la creación de nuestro padre Adán y la formación de nuestra madre Eva, admiraremos la grandeza y soberanía del Supremo Hacedor, al sacar de la nada seres de tan singulares prerrogativas. Un Edén de delicias es la habitación de ellos; la contemplación de su Creador es su única ocupación: feliz, mil veces feliz aquel estado de inocencia y justicia original; pero Satán, el pérfido Satán, de un golpe derriba cuadro tan hermoso, perdiendo así por completo en esa catástrofe singular el conocimiento de las verdades sublimes, y ¿qué más?..... hasta la idea del mismo Dios.

Desgracia suma; la primera y la más grande entre todas las que podrían llamarse desgracias. Y bien, señores, ¿qué pensamos, qué juzgamos y cuál es nuestra opinión acerca de tan estrepitosa caída? Que tiene que cumplirse en Adán y en su desheredado linaje la terrible sentencia con que Dios

Nuestro Señor había amenazado á nuestros primeros padres si comían del arbol vedado *morte morieris*, morirás de muerte.

El Verbo, empero se hizo carne, vive entre los hombres y muere por salvar á los pecadores. ¡Bendita sea la misericordia de Dios Nuestro Redentor! El muere, y con su muerte destruyó nuestra muerte. *Mortem moriendo destruxit et vitam resurgendo reparavit.*

Del tronco, pues, de la cruz, antes patíbulo odioso, y en adelante trono de misericordia, nace la salvación del degradado linaje humano. ¡Oh! sí, señores y hermanos míos, considerad atentamente aquellos críticos y solemnes momentos en que el Redentor está próximo á espirar. Ved como dirigiéndose á su tierna Madre y Virgen Santísima, señalándole á Juan Evangelista, le dice con voz moribunda, pero de toda autoridad y pleno dominio, y en tono el más tierno, afectuoso y caritativo que jamás podremos imaginarnos en la tierra: *Ecce filius tuus*, he ahí á tu hijo.

¿Qué demuestran, señores, esas palabras? Demuestran hasta la evidencia la misión sublime que la Inmaculada María recibe de su Santísimo Hijo, de ser Madre de los hombres.

¿Y cómo creéis que deba la Virgen Santísima cumplir con esa misión? Abriendo, como abrió, su tierno regazo maternal á sus nuevos hijos, lo que muy lejos de amenguar en lo más mínimo los delicados sentimientos de que se haya profundamente poseído aquel su corazón tiernísimo; lejos de entibiar sus ardentísimos afectos, en favor de su amado Jesús, los aviva, por el contrario, y los exalta aun á la simple idea de que aquellas creaturas pudieran venir á sustituir de algún modo á aquél Jesús incomparable, Hijo á la vez del Padre Eterno y de la Madre Virgen.

He aquí por qué la Singular María toma bajo su especial cuidado la dirección de los pobrecitos redimidos, les cura cariñosa sus llagas, alivia bondadosa sus penas, desata compasiva las cadenas y grillos con que el infernal enemigo quiere oprimirlos; ilustra interiormente con luces celestiales sus almas para que conozcan el verdadero camino que los conduzca

á la vida eterna, y por último, los prepara para que sean presentados ante el terrible tribunal del Juez de las eternidades. Y ¿qué es esto sino cumplir con el apostolado especial, propio sólo de la Madre de Dios? *Ecce dedi te in lucem gentium ut sis salus mea usque ad extremum terrae.* He aquí que te he dado para luz de las naciones, á fin de que seas mi salud hasta los últimos confines de la tierra.

Fijemos ahora nuestra atención en la magnífica obra de la Redención del Género humano, y véamos como la Santísima Virgen debe, según los altísimos decretos de Dios, cooperar de un modo tan íntimo, que al parecer no haya lugar para que pueda creerse que es una simple creatura la que así entra haciendo posible la realización de los planes divinos, y sin embargo, señores, no es sino una mera creatura la que está ayudando á la misma Omnipotencia á poner en planta proyectos, por decirlo así, y planes tan por encima del orden natural, que escapan por sí mismos aun á la concepción de las inteligencias angélicas.

Siendo esto así, naturalmente se deduce que la Madre del Redentor es la Corredentora que ha recibido una especial y sublime misión, por la cual debe ayudar de una manera directa á la salvación del Género humano. Es por lo mismo, vuelvo á decir, el Apóstol especial que cuida, guía y protege á todas las naciones, llamándola éstas, con justicia, su Apóstol de un carácter especial.

Mas entre tanto que las naciones la llaman así y se gozan en su especial protección, tú, México, patria mía, ¿has recibido á la Santísima Virgen al pie de la cruz por Madre tuya? ¿Entraste, acaso, en la recomendación del espirante Redentor? Sin duda alguna estuviste presente en la mente de Jesucristo vida nuestra; pero, según los inescrutables juicios de Dios, quedaste, no sé en qué tiempo después, separada de las otras naciones, y fuiste ignorada y como sepultada en el abismo del olvido. Interceptadas completamente por los mares todas las comunicaciones con aquellos países, fueron perdiéndose los elementos, no diré ya de una civilización cristiana,

sino hasta de una cultura digna de la creatura racional. Una corta porción del continente era tu herencia; habíanse levantado entre tí y el mundo antiguo muros inexpugnables que establecieron, á primera vista, para siempre, un bloqueo formidable que no podías romper por más que te hubieras esforzado. Pero ¿qué, á pesar de esa desesperada situación, no podría, señores, un profeta inspirado, dirigiéndose al Anáhuac, exclamar: ¡Oh, pobres naciones, sumidas en las más densas tinieblas, amenazadas, cercadas por todas partes de enemigos visibles é invisibles; condenadas, así lo creí al menos, de una manera irrevocable á devoraros las unas á las otras como viles insectos en aguas corrompidas! ¡Oh, pobres hijos desheredados, alzad, alzad los ojos, que ya una luz insólita, iluminando de súbito, purifica los hasta hoy ensangrentados horizontes que en lo sucesivo serán puros é irradiarán luces celestiales! Confortaos y entregaos de lleno y con ciega confianza á una madre que como á pequeños hijos delicados y enfermos os tomará en sus brazos, os enseñará á pronunciar siquiera sea con lengua balbuciente el inefable nombre de vuestra Salvadora y el dulcísimo de vuestra Corredentora María de Guadalupe. ¿Pero qué, señores, es esta una simple suposición? ¿Qué no era una verdad histórica que hasta en el ambiente mismo que se respiraba y hasta en la misma brisa perfumada de nuestros mares, el Atlántico y el Pacífico, resonaban los ecos de venerandas tradiciones que anunciaban un Conquistador, un Libertador, un Salvador, que elevaría el nivel de la cultura intelectual y moral de aquellos pueblos? Sin duda que sí, señores. En las tradiciones de nuestros padres se contenía de una manera explícita el anuncio de un Dominador que, andando los siglos, había de arribar á nuestras playas, y de una manera implícita estaba la promesa de un Libertador, de un Salvador y de una Corredentora de aquellos pueblos desvalidos. Y en efecto, señores, pronto asoma, y ya llega esa era predestinada, esa era de los grandes y asombrosos sucesos.

Apenas brillaba en el Oriente la primera luz del 9 de Di-

ciembre de 1531, cuando en estas, entonces solitarias montañas, aquí, aquí en este mismo sitio se oye, resonando en acordada y dulcísima armonía, un canto como de multitud de canoros pajarillos; atrae las miradas una cándida y esplendente nube y en contorno de ella un arco con los hermosos colores del iris, formados de una luz y claridad celestial que se muestra en medio de la nube. Un indio humilde, pero feliz y dichoso, al venir de su pueblo nativo, queda gratamente sorprendido al desarrollarse ante él tan magnífico espectáculo; pero cuánto mayor no es su sorpresa cuando en el seno de la nube se le presenta una hermosísima Señora, de todo en todo igual á la que veneramos en esta Sacratísima Imagen, y se dirige á él en idioma mexicano y le dice: “Hijo mío, Juan Diego, á quien amo tiernamente como á pequeñito y delicado, ¿adónde vas?” Respondió el indio: “voy, noble dueña y Señora mía, al barrio de Tlaltelolco á oír la misa que nos muestran los ministros de Dios y sustitutos suyos.” La incomparable María, entre otras frases tiernas y cariñosas, le dice: “Es mi deseo que se me labre un templo en este sitio, donde como Madre piadosa, tuya y de tus semejantes, mostraré mi clemencia amorosa y la compasión que tengo de los naturales y de aquellos que me aman y me buscan, y de todos los que solicitan mi amparo y me llaman en sus trabajos y aflicciones; y donde oiré sus lágrimas y ruegos para darles consuelo y alivio..... y para que tenga efecto mi voluntad, has de ir á la ciudad de México y al Palacio del Obispo que allí reside, á quien dirás que yo te envié y cómo es mi voluntad que me edifique un templo en este lugar.....”

Y ¿qué verdades, señores, se desprenden de tan conmovedora entrevista? ¿Qué, esa celestial Imagen que aparece radiante en la pobre tilma de aquel humilde enviado del cielo, al llenar de asombro á un Obispo y su corte, al arrancarles de súbito su incredulidad y al hacerles caer de rodillas ante sí para venerarla, nada significaba? Y ahora, ahora más que nunca, en estos tiempos de incredulidad é indiferencia, cuan-

do esta celestial imagen es también blasón gloriosísimo de nuestra patria ¿nada significa?

¡Oh, señores, nadie duda que en aquel primer instante de su aparición gloriosa, hizo brillar con toda evidencia y fué prueba fehaciente de la misión divina encomendada á aquel humilde hijo del Anáhuac: y que de entonces acá, en estos momentos especialmente, está exigiendo de nosotros el afecto de una filial correspondencia que, so pena de no merecer ese nombre, va necesariamente acompañado de aquella fe divinamente inquebrantable y fecunda, que deslumbra y aterra, no sólo al hombre, pobre imitador de la rebelión angélica, sino también á los mismos autores y maestros de esa rebelión: á las mismas potencias infernales.

¿Y es esto sólo, señores? No por cierto. La lengua humana débil, el humano lenguaje insuficiente y pobre, ¿podrán bastar acaso alguna vez para rendir el homenaje digno al Dios que á las naciones y á los individuos, al privilegiado México y á sus hijos dispensa á cada hora, á cada instante, tantos y tan inefables bienes por medio de María? ¿Qué, la inteligencia humana bastaría para esto? De ninguna manera, toda vez que el hombre bajo este aspecto es tan limitado y miserable. Y ¿qué, está condenado entonces á no corresponder dignamente á su Creador? ¿Qué, el hombre finito y miserable por su inteligencia, no es inmenso y sublime considerado en su corazón y en sus afectos? Sí, que lo es, señores, y por lo mismo, levantemos nuestros afectos y sentimientos filiales de amor y gratitud, de amor y ternura; de amor tan firme y eficaz, que baste para purificar nuestros corazones, ¿qué digo, nuestros corazones? hasta la inteligencia misma, hasta nuestra imaginación y los sentidos mismos; y que entonces se enardezcan y se inflamen nuestros afectos, para poder caminar en pos de los perfumes de perfección y virtud que exhalan atrayendo tan poderosamente á las almas devotas las huellas mismas de nuestra Madre María de Guadalupe. Y ¿á quiénes atraen tan poderosamente estos divinos perfumes?

A vosotros todos sin excepción, carísimos hermanos míos,

y á vosotros especialmente, oh jóvenes, á quienes nuestro Salvador Jesús y su Madre Santísima María invitan de un modo tan comprometedor á imitar tan inimitables modelos, dandoos, al mismo tiempo, toda la luz, toda la fuerza y gracia para hacerlo, sin que en lo más mínimo os dejeis intimidar, ni menos vencer, por las formidables huestes enemigas que el mundo, el demonio y las pasiones dirigen para cegaros durante el tiempo, con la impiedad y la duda, la indiferencia religiosa, el orgullo y la voluptuosidad, para teneros sujetos y aherrojados en las cadenas eternas.

*
* *

Y tú, oh Madre nuestra, recibe y acoge benigna á los que hoy te visitamos en tu Santuario; acoge bondadosa y bendice á esta tu peregrinación queretana, á nuestro amado Prelado, tan devoto tuyo, que se halla al frente de ella, á nuestro dignísimo y querido Obispo diocesano que en estos solemnes momentos en que te visitamos, nos acompaña y te visita también en espíritu, al M. I. y V. Cabildo, al Clero todo, á las asociaciones católicas de nuestra Diócesis, y en general, á todos los que devotos te invocan en sus necesidades en cualquiera parte del mundo en que se encuentren. Haz, oh María, que sigamos fielmente tus huellas para que seamos recibidos en triunfo por los espíritus angélicos en la mansión de la gloria, en donde siendo ya coherederos del mismo Hijo de Dios, y asociados á tí, aquella sed que durante el tiempo nos ha divinamente devorado, se satisfaga eternamente en el océano mismo de la verdad, y nuestro corazón, que en este mundo iba corriendo anhelante tras la dicha, sin alcanzarla nunca, respire ya por fin, y al embriagarse con ella, la goce, sin temor de perderla, durante la eternidad.

